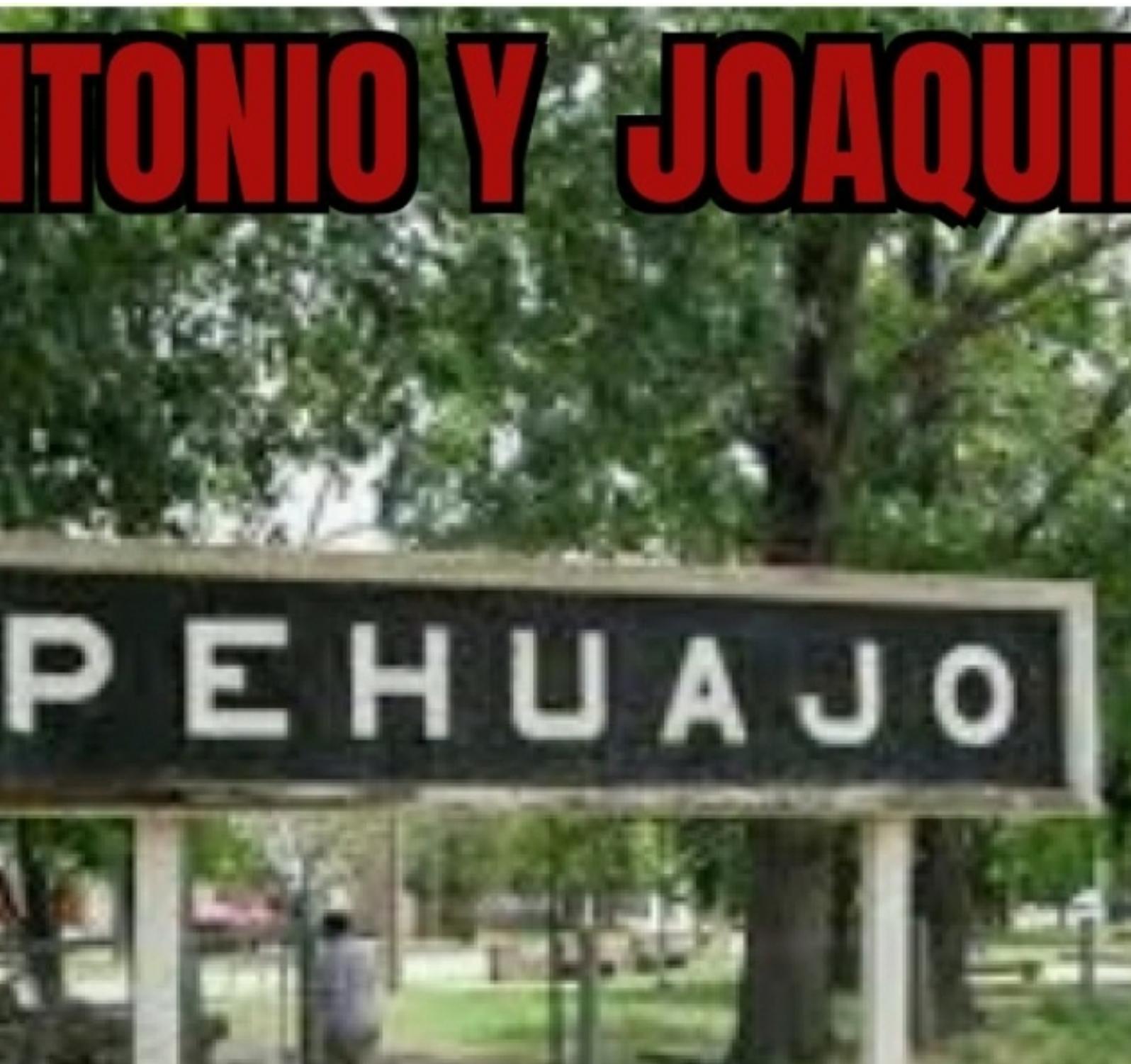


Antonio y Joaquina

María Inés Casanovas Nión

ANTONIO Y JOAQUINA

PEHUAJO



Capítulo 1

Antonio y Joaquina

Entre 1875 y 1890 llegaron a la Argentina 249.110 inmigrantes de muchas nacionalidades, en su mayoría españoles e italianos que se instalaron en la Provincia de Buenos Aires.

Antonio y Bartolomé Rovira habían llegado de Catalunya, España, junto a su padre Eudaldo en 1888. Eligieron ese paisaje, una suerte de tierra prometida, un vergel donde estaba todo por hacer. Antonio tenía la certeza de que ese sería el lugar donde formaría una familia y terminaría sus días. Era un pueblo que estaba naciendo, lleno de catalanes y vascos con las retinas impregnadas de las mismas imágenes, por lo que podían compartir lengua y costumbres domésticas, entre otras cosas. Su madre Teresa Poch había fallecido en España; Eudaldo, el padre, estaba aquejado de un reumatismo que lo tenía a mal traer, lo que llevaba a los hermanos a ser los únicos hacedores de su inmediato y soñado destino.

Era el fin del siglo XIX y en esas zonas había grupos aborígenes. Los antiguos dueños de la tierra estaban muy presentes en esa zona de la Provincia de Buenos Aires y hacía bastante tiempo que se los veía mezclarse con los nuevos pobladores, pues tenían que aprovisionarse, cosa que hacían mediante trueques u otras formas. Algunos eran más amigables que otros y se daban casos en que por distintos motivos algunos integrantes de esas tribus se escapaban.

Joaquina, con su corta edad, estaba destinada por sus mayores a casarse al día siguiente con el jefe de una tribu vecina. Solo la idea le daba escozor. Ella quería elegir con quien compartir su vida, se lo había dicho a su madre que la miraba con ojos de compasión y solo atinaba a decirle en su idioma que no había otra posibilidad, mientras le colocaba una corona nupcial hecha con flores.

Esa noche calcularon todo, Joaquina tomó su atadito de ropa y con la complicidad de otras dos chicas y un varón huyeron en dos caballos. Galoparon desde Bragado hasta las cercanías de Pehuajó, los seguían de lejos, pararon un segundo para que bajen las mujeres, solo quiso bajar Joaquina. Allí se separaron, juraron buscarse y volver con sus familias cuando fueran mayores de edad.

Joaquina corrió por las calles de tierra buscando guarecerse. Se negaba al destino forzado que le proponía su familia. Estaba agitada, tenía su negro pelo alborotado aunque su corona nupcial de flores blancas se mantenía incólume. Niña confundida y brava mujer en ciernes, se escondió en el zaguán de una casa que tenía su puerta entornada, porque estaba en los tramos finales de su construcción. Le pareció segura y la tibieza de ese

lugar en esa siesta pueblerina invitaba a un sueño reparador, había pasado la noche en vela. Estaba dormitando cuando escuchó la voz de su padre que en su idioma original decía a otras personas que no podía haberse esfumado como una nube. Ella era buscada con más ahínco. Gritaban cosas en su lengua, la ofensa a su familia y a la familia a la que estaba prometida era irreparable. Escuchaba eso y su corazón latía a tal velocidad que sentía que se iba a desvanecer.

Estaba tan atenta a las voces del grupo que la buscaba y que aún escuchaba, aunque mucho más lejano, que no notó que alguien le había puesto una mano en su hombro. La respiración de Joaquina se agitaba, estaba a punto de llorar pero no podía emitir sonido, temía ser descubierta, sentía que su delgado cuerpo se aflojaba. Antonio notó el vahído y la tomó del brazo, ella se asustó pero ni bien se miraron la profundidad de la expresión de Joaquina quebró el itinerario de los ojos del catalán.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Antonio.

Ella lo miraba temerosa, se incorporó despacio, lo miró fijamente.

—Pase por favor —la invitó él.

Rápidamente traspuso la puerta escoltada por Antonio. En ese momento, parada en el comedor de la vivienda, tuvo la exacta sensación de que ese iba a ser su lugar en el mundo y no otro. Joaquina temblaba, su piel mate estaba pálida, tenía los ojos posados en sus manos que no paraba de restregar. Antonio la invitó a sentarse. La miraba calmo, aunque luego de transcurridos unos minutos le preguntó:

—¿De qué se está escapando?

Ella hablaba español de forma fluida porque su madre había sido cautiva, él tenía un marcado acento catalán.

—De mi familia —contestó ella.

Las lágrimas afloraron sin control, Antonio le ofreció un pañuelo.

—¿Cuál es su nombre?

—Joaquina.

—Vea, Joaquina, tómese el tiempo que necesite, dígame si quiere tomar algo y cuénteme lo que le ha sucedido.

Un silencio que crispaba los nervios se instaló hasta que apareció Bartolomé, un hombre no muy alto de bigotes, cara de bueno y muy

silencioso. A ella le costaba saludar y mirar a la cara a desconocidos; los hermanos se miraron.

—Voy a la cocina —dijo Bartolomé.

Al minuto apareció con una jarra de agua fresca y tres vasos. Joaquina tomó de un sorbo el agua que le había servido.

—¿Quiere más? —preguntó Antonio.

—Sí —contestó ella.

Tomo tres vasos de agua, hacía mucho calor.

Antonio le ofreció un abanico español, ella lo miró con extrañeza; él le indicó para qué servía y cómo se usaba y notó que era la gloria. Así, sin parar de abanicarse, por primera vez prestó atención a la casa. Ya no miraba sus manos, su respiración comenzaba a calmarse. Observó el lugar: los pisos no eran de tierra, los techos eran altos. La consideró una casa linda y tuvo una rara sensación de estar muy a gusto. Cerró los ojos, el sol bañaba el amplio patio con baldosas damero y helechos serrucho, el ruido de su abanico era como una melodía lejana que rompía la blancura de ese dulce silencio.

Pasaron unas horas hasta que se tranquilizó completamente. Eudaldo, el padre de Antonio y Bartolomé, estaba en cama, padecía una enfermedad que le producía muchos dolores. Joaquina se dio cuenta de que pasó en un mismo día de la certidumbre de un terrible castigo por parte de los suyos al notar la posibilidad de que cientos de bienaventuranzas podrían instalarse en su realidad. Ella no era una persona cultivada, no sabía leer o escribir, pero había sido preparada para la vida escrupulosamente, era muy intuitiva y a pesar de su corta edad sabía muy bien lo que quería y lo que no. Sabía que iba a extrañar a su madre y a sus hermanas que la entendían, si bien no la pudieron ayudar a escapar o tal vez hayan hecho oídos sordos esa noche, nunca lo sabría.

—¿Me va a contar? —preguntó Antonio.

Joaquina entreabrió los ojos y sugirió si le permitía dormir en un sillón pues no había dormido en las últimas noches.

—Por Dios, Bartolomé, cómo no me di cuenta, prepárale la habitación de huéspedes, ningún ser humano puede estar sin dormir.

Joaquina fue guiada hacia una habitación retirada y oscura que solo estaba iluminada por el sol que se filtraba a través de las cortinas de las ventanas. La cama parecía la de una princesa de esos cuentos que le contaba su madre. Intentó sacarse el calzado, la corona y demás atavíos

pero no lo logró, el sueño la venció y ni bien hubo apoyado la cabeza en esa mullida almohada sintió la exacta sensación de un desmayo; lo último que vio fue a Bartolomé cerrando la puerta.

Antonio se sentó en el sillón del patio a pensar. Preso de sentimientos contrapuestos, por un lado sabía que tenía una familia que la estaría buscando, pero quería retenerla por siempre y poner el mundo a los pies de una muchacha a la que apenas conocía. La joven de 16 años había calado hondo en su sentir. Esa noche los sueños del catalán soltaron amarras, salieron a relucir anhelos desconocidos, ambiciosos, bellos, y ella que llegó a las aguas de su generoso puerto con la vida a estrenar, cerró sus ojos con la intuición de que su alma tenía dueño.

Joaquina durmió 16 horas, se despertó al mediodía siguiente urgida por ir al baño; se desesperaba, corría por la habitación.

—Debajo de la cama —gritó Antonio.

Ella buscó y encontró un coqueto recipiente en el que alivió sus ganas de orinar.

—Se llama taza de noche, cuando termine avíseme. Cuando esté lista entraré para dejarle algunos vestidos, calzado, cepillo para el cabello, perfumes y otras cosas que he comprado para usted; espero que algo le sirva. Si quiere lavarse la cara tiene agua, palangana y toalla en el mueble del espejo.

—Pase —contestó ella.

Él apurado le explicó lo que había traído en varias cajas y se las dejó en el piso retirándose inmediatamente.

—Cuando se haya cambiado la esperamos para almorzar —dijo Antonio ya del otro lado de la puerta.

En un mueble con espejo había una jarra de porcelana llena de agua sobre una palangana haciendo juego. Al lado una toalla bordada con las letras AR le llamó la atención. Se lavó su cara y manos, y humedeciendo la toalla, la pasó por el resto de su cuerpo. Una vez que se refrescó, abrió con mucha inquietud las cajas que le había dejado Antonio. En una había tres vestidos de distintos colores, enormes porque venían con aditamentos que ella no conocía. En otra había ropa interior de seda, había cepillos, peines, perfumes, cintas para el cabello, y en las otras había varios pares de zapatos que Antonio le había comprado a ojo.

Le costó mucho vestirse, _en su tribu no se acostumbraba ponerse tantas cosas. Antonio esperaba en aparente calma pero en verdad lo carcomía la ansiedad por verla, por conocerla, por ver en esos ojos como abismos

negros la leve lumbre que vio ayer por un instante. Bartolomé que no emitía palabra, nunca había visto a su hermano así, con esas ganas de protegerla, de alabarla, de que ni el sol o la lluvia le den en su cara sin su permiso; es raro cuando el amor se presenta, es una de las cosas que no se puede ocultar, irrumpe y transforma al ser que lo siente para siempre. El amor es definitivamente la fuerza más poderosa que existe.

—Antonio, no la conoces, anda con cuidado —le dijo Bartolomé.

—Aunque no lo creas, me parece que la conozco de toda la vida. No me hagas caso —contestó Antonio.

Al rato salió Joaquina del cuarto con un impecable vestido negro con detalles de satén, puntillas y lazos, su cabello estaba sujeto en un peinado alto y su rostro descansado invitaba a ser mirado. Su cintura ceñida destacaba sus curvas, los zapatos que se había puesto la hacían parecer más alta. Antonio se quedó de una sola pieza, solo atinó a decir:

—Por lo que veo uno de los vestidos le quedó muy bien.

—Todos me quedaron bien —dijo ella—. Gracias, nunca tuve un vestido tan hermoso.

—¿Tiene hambre? —dijo Bartolomé al ver que a su hermano le costaba articular las palabras.

—Sí —contestó ella.

—Pues vamos a comer entonces —replicó Bartolomé.

Comenzaron por una sopa que todos devoraron con gusto. Luego Bartolomé puso platos variados sobre la mesa para que se sirvieran un poco de lo que apeteciera. Joaquina copiaba todo lo que los hermanos hacían, se sentía una reina, miraba a Antonio y a Bartolomé con una tímida sonrisa para agradecerles; los ojos verdes del catalán enamorado no podían dejar de posarse en la que sería su esposa, sus miradas se cruzaron tantas veces que ambos estaban sonrojados.

En esa casa había tanta paz y armonía, nadie había hablado demasiado, pero para los tres ese día algo trascendente había comenzado.